

APRECIACIONES SOBRE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO DURANTE LA DÉCADA DE LOS SETENTA DEL SIGLO XX EN VENEZUELA

Hernán Lamedá

FAU-UCV, Sector de Historia y Crítica
hernanlamedá@gmail.com

RESUMEN

Los estudios sobre edificación y urbanismo venezolanos contemporáneos son escasos y suelen estar dispersos en notas hemerográficas, textos emanados de curadurías y catálogos de exposiciones. Por esta razón, el objetivo central de este trabajo es hacer un aporte a nuestra cronología arquitectónica, indagando en los eventos constructivos y propuestas proyectuales devenidas en el séptimo decenio del siglo XX en nuestro país. Como objetivos específicos se plantean: conocer las consecuencias del primer gobierno de Rafael Caldera (1916-2009) en la arquitectura y el urbanismo nacional; evidenciar las implicaciones de la “Crisis del petróleo del 73” en nuestra industria edificatoria; enunciar las secuelas de la disolución del MOP y del TABO a finales de los setenta; describir las características de la arquitectura y el urbanismo en este período, así como identificar a los proyectistas emblemáticos de esa época. Igualmente, se propone comprobar los efectos de la nacionalización del petróleo y las industrias básicas. Finalmente, se infiere que con el “Viernes Negro” se frenan las directrices constructivas surgidas en la década de los setenta. Como metodología se efectúa una revisión bibliográfica y hemerográfica en busca de datos sobre obras materializadas o planificadas entre 1970 y 1980. Entre los resultados obtenidos se constata que el período de los setenta no es uniforme, pues resulta muy distinta la primera parte del mismo –bajo el gobierno de Caldera y las disputas entre AD y Copei dentro del Congreso– a la sucedida luego de 1974 –sesgada por el *boom* petrolero y la estadía de Carlos Andrés Pérez (1922-2010) en la presidencia. Además, se certifica que en estos diez años hay un cambio de escala en la arquitectura nacional, constatado en las enormes edificaciones de entidades bancarias, de entretenimiento o actividades bursátiles.

495

Palabras clave: Venezuela, petróleo, contemporánea, industria, arquitectura.

INTRODUCCIÓN

Una vez finalizada la dictadura de Pérez Jiménez (1914-2003), el partido Acción Democrática (AD) asume el predominio en la atmósfera política venezolana. De hecho, los jefes inaugurales del llamado *puntofijismo* –Rómulo Betancourt (1908-1981) y Raúl Leoni (1905-1972)– pertenecen a las filas *adecas*. El primero ejerce la presidencia en el quinquenio comprendido entre 1959 y 1964, mientras el otro rige el Poder Ejecutivo desde 1964 hasta 1969.

En el último año de la década de los sesenta, Rafael Caldera (1916-2009) se adjudica la jefatura del gobierno. Este mandatario se convierte en el primer dirigente del partido Copei investido con la banda presidencial en nuestro país. Es así como el decenio de los setenta se estrena con un escenario donde la democracia es el sistema político imperante y con un Poder Ejecutivo deslindado de Acción Democrática. La conjunción de este par de circunstancias –sumada a un repunte de los tarifas del petróleo– articula un verdadero viraje en la historia de las obras públicas y la arquitectura venezolana.

EL PRIMER GOBIERNO DE CALDERA Y LAS OBRAS PÚBLICAS

Durante el año 1969 principia la labor gubernamental de Rafael Caldera, quien obtiene la regencia del Estado con el apoyo *copeyano*. Sin embargo, su potestad es restringida, pues el entonces Congreso Nacional conserva una mayoría enrolada en las filas de Acción Democrática. Esta eventualidad acarrea trabas para patrocinar la construcción desde el Poder Ejecutivo, pues la Constitución de 1961 exige que todos los gastos de la primera magistratura sean autorizados por las cámaras de senadores y diputados. Es así como Caldera se topa con el inconveniente de que sus iniciativas en gastos de construcción deben ser facultadas por un Poder Legislativo dominado por sus adversarios *adecos*.

En 1969 AD pierde el poder a favor del partido Social-Cristiano Copei y Rafael Caldera asume la presidencia, pero la oposición [Acción Democrática] controla el Congreso. Entonces ocurre un hecho trascendental que marcará en lo sucesivo la política del país (...) los contratos no aprobados por la Contraloría a cambio de la aprobación del Presupuesto Nacional por el Congreso, culminaron en el contubernio que a partir de entonces tuvieron AD, Copei, funcionarios y congresistas para el manejo de los contratos de obras públicas (Cilento et al., 1999, p. 119).

La situación antes descrita desencadena una genealogía de proyectos de arquitectura que ganan el visto bueno de la presidencia de la República, pero desde el Congreso se retrasa la concesión de recursos para su inicio.

Un caso paradigmático es el de la Galería de Arte Nacional (GAN), pues para la misma el Ejecutivo planifica una edificación que jamás se lleva a cabo durante el par de lustros de los setenta. Por esta razón, esta institución culmina siendo hospedada en la ampliación que el arquitecto Carlos Raúl Villanueva (1900-1975) confecciona para el antiguo Museo de Bellas Artes. Posteriormente, en 1977, los proyectistas Oscar Tenreiro (1939) y Francisco Sesto (1943) conciben un plan para mudar la nueva sede de la GAN a un parque cultural emplazado entre El Calvario y Caño Amarillo. Este proyecto cosecha premios nacionales e internacionales pero nunca se materializa.

En medio de las disputas entre AD y Copei, solo algunos ámbitos de la construcción perciben la aprobación unilateral del Congreso de la República. Uno de ellos es el de la vivienda, pues entre 1969 y 1974 se producen hasta cien mil unidades habitacionales por año. El otro tópico que no es objetado se genera gracias al 150° aniversario de la batalla de Carabobo en 1971. Con motivo de esta conmemoración se acredita un presupuesto destinado a costear la construcción de dos edificios en el espacio geográfico donde se libra el enfrentamiento bélico que sella la independencia nacional. Estas construcciones son el Diorama y el Mirador, siendo estas obras de “los arquitectos Jorge Castillo y Luis Manuel Trompiz, respectivamente” (Polito, 2004, p. 99).

Una última contrariedad que afronta Rafael Caldera son los numerosos disturbios universitarios y sediciones de los guerrilleros de izquierda. Ante tal situación, este mandatario clausura la Universidad Central de Venezuela (UCV). Luego, para atenuar las consecuencias de esta decisión, se fundan otros núcleos de educación superior donde la arquitectura se imparte junto a otras carreras. De esta manera, la aparición de nuevas academias –sumada al proceso de renovación devenido en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la UCV– acarrea una diversidad de enfoques en el ejercicio de la profesión arquitectónica en nuestro país.

LA CRISIS DEL PETRÓLEO DE 1973

Un año antes de concluir el primer mandato de Caldera irrumpe un estallido bélico en las lejanas tierras del Medio Oriente. Esta contingencia estremece las relaciones diplomáticas mundiales y descomponen la maquinaria de la economía global.

El 6 de octubre de 1973, varios ejércitos árabes –encabezados por Siria y Egipto– lanzan una inesperada ofensiva contra Israel y emprenden una contienda conocida como la “Guerra de Yom Kippur”. Sorprendida por el ataque, la nación judía solo logra defenderse, gracias al apoyo que le brindan Estados Unidos, Francia, Inglaterra y los Países Bajos. Al cabo de 35 días finalizan las duras hostilidades y la victoria se escapa de las manos del bando musulmán.

La alianza militar entre Israel y países occidentales hace que los integrantes del mundo islámico utilicen su principal recurso –el petróleo– como instrumento de represalia. Por esta razón, a finales de 1973 la Organización Árabe de Países Exportadores de Petróleo (OAPEP) decide orquestar un boicot petrolero contra las naciones señaladas de apoyar a Israel en la Guerra de Yom Kippur. Este evento es conocido como la “Crisis del petróleo del 73” y su principal consecuencia es el alza en los precios de este hidrocarburo.

Venezuela, como es de suponer, resulta beneficiada con este inesperado incremento en la cotización del crudo. En el caso específico de nuestro país, los precios por barril ascienden de 1,85 dólares en 1970 a la suma 10,99 dólares en el año de 1975 (Silva, 1992, p. 575).

PRIMER GOBIERNO DE CAP Y LA “VENEZUELA SAUDITA”

En 1974 se realizan comicios para elegir al sucesor de Rafael Caldera, resultando electo un candidato del partido Acción Democrática: Carlos Andrés Pérez (CAP), para el período 1974-1980. Esta victoria no solo implica el retorno de AD al poder, sino el inicio de un período bautizado como la “Gran Venezuela” o la “Venezuela saudita” debido al gran flujo de petrodólares.

En la segunda mitad de la década de los setenta el presupuesto del Estado venezolano pasa de “15 millardos de bolívares a 40 millardos”. Además, sucede que –a diferencia de Caldera– el nuevo presidente goza del aval del Poder Legislativo, pues AD continúa controlando el Congreso y se le otorga a Carlos Andrés Pérez “facultades extraordinarias para que administrara la prosperidad y la abundancia”. Diversas políticas acompañan este “boom petrolero”, al tiempo que el país incrementa “las obras públicas”. Esta situación conlleva una escasez de cemento, pues en esa época solo hay “dos productores: los Mendoza y los Delfino”. Para solventar esta insuficiencia, el Gobierno no opta por invertir en la existente producción nacional, sino que otorga créditos a empresas transnacionales o importa el producto (Hernández, 2012, pp. 47-50).

Por otra parte, durante los tiempos de la “Gran Venezuela” sucede que la arquitectura está ligada a los cuantiosos recursos monetarios. Se trata de una etapa donde los edificios incorporan costosos materiales importados y un uso inmoderado de la climatización interna. Sin embargo, el sesgo más peculiar es la colosal escala utilizada, pues surgen edificaciones cuyo enorme tamaño opaca a los monumentos preexistentes.

Ejemplos de este tipo de edificaciones en Caracas son la Torre La Previsora (1972), la Torre Europa (1975), el Teatro Teresa Carreño (1971-1983) y Parque Central (1970-1978). Igualmente, encontramos este tipo de construcciones en ciudades del interior. En Maracaibo, por ejemplo, descuellan los descomunales conjuntos habitacionales como las torres de apartamentos de Isla Dorada (1972) y otros casos como el edificio de Seguros Catatumbo (1979).

LA DISOLUCIÓN DEL MOP Y LA REDIRECCIÓN DEL TABO

498

La apertura al sector privado iniciada por CAP ocasiona un paulatino debilitamiento de las instituciones que habitualmente tutelan las obras públicas en el país. Ejemplos al respecto los encontramos en el Ministerio de Obras Públicas (MOP) y el Banco Obrero (BO).

El Ministerio de Obras Públicas se funda en 1874 por el entonces presidente Antonio Guzmán Blanco (1929-1999) y perdura incluso luego de derrocada la dictadura perezjimenista. No obstante, durante la primera administración de Carlos Andrés Pérez sucede que este organismo *ejerce demasiado poder* y, por tanto, “el peso político de los Jefes de Zona u Oficinas Regionales del MOP es mayor, en la práctica, que el poder de los propios Gobernadores de Estado” (Cilento et al., 1999, p. 121).

En abril de 1977, Pérez decide dividir el MOP, pues considera que los tecnócratas de esta institución no merecen ostentar más influencia que las gobernaciones. Con la promulgación de la Reforma de la Ley Orgánica de la Administración Central, se subdivide el Ministerio de Obras Públicas en un abanico de nuevos gabinetes, tales como el Ministerio de Transporte y Comunicaciones (MTC), Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (Marnr), el Instituto Nacional de Obras Sanitarias (INOS), el Ministerio de Desarrollo Urbano (Mindur), entre otros.

La desintegración del MOP articula una inflexión en las obras públicas, pues los entes derivados de este ministerio son de índole más burocrática y menos práctica, ya que limitan sus gestiones a la contratación, otorgamiento de permisos e inspección de obras. Dicho en otras palabras, desde

el Gobierno dejan de tomarse las decisiones de diseño de las construcciones, pues esta labor se delega en las empresas contratadas. Esta situación desata la aparición de una arquitectura, cuya imagen y autoría se endosa a corporaciones privadas.

Otra institución que se esfuma en los setenta es el Banco Obrero. Esta entidad es creada en 1929 para atender el problema de la vivienda masiva en Venezuela y en el hemisferio del siglo XX la misma desarrolla superbloques de apartamentos como los de la urbanización “23 de Enero”. Luego, entre 1970 y 1975 el enfoque de esta institución vira hacia el equipamiento de barrios

Las mayores realizaciones del período, aparte de la densificación de Caricuao y del área Valle-Coche, tienen lugar en Valencia y en Maracaibo, donde destaca el Programa de Renovación Urbana de El Saladillo (...). También en estos años se introduce una nueva terminología en la gestión de la vivienda (...) Se trata del programa de construcción de “núcleos” de la vivienda, hipotéticamente ampliables en el futuro por sus habitantes: la “vivienda progresiva”, cuyo máximo exponente será la célebre Unidad Baño; las “soluciones habitacionales”, cuyo ejemplo sobresaliente son las famosas viviendas en pendientes; o los “desarrollos”, que son las nuevas urbanizaciones desprovistas de todo tipo de servicios (*Diccionario de Historia de Venezuela*, 2007. Voz: Banco Obrero).

En enero de 1975, un decreto presidencial de Carlos Andrés Pérez convierte al BO en el Instituto Nacional de la Vivienda (Inavi). Bajo esta última denominación, este ente se encauza como un factor de mucho menor protagonismo en la construcción venezolana.

499

MOLES ARQUITECTÓNICAS DE UN PERÍODO DE RIQUEZA

Durante la séptima década del siglo XX, la repentina riqueza y el gusto por el despilfarro incitan a las actividades de asueto y diversión. Por esta causa, uno de los legados más visibles de estos años son los grandes foros destinados al show y al entretenimiento masivo.

Los grandes recintos caraqueños para espectáculos se construyen en la época de los setenta. El Poliedro (1972-1974) (...) El Complejo Cultural Teresa Carreño (...) de los arquitectos Jesús Sandoval y Tomás Lugo, presenta una planimetría con base en el hexágono, distribuyendo un gran salón y diversas salas (...) El edificio del Ateneo de Caracas, del arquitecto Gustavo Legórburu, es inaugurado en 1980 (Arellano, 2000, p. 393).

En el ciclo de la “Venezuela saudita”, igualmente adviene un apogeo de negocios mercantiles, agencias de seguros, centros comerciales y otros gremios focalizados en el manejo de capital. Sucede entonces que los edificios de oficinas y mercantiles cobran “un renovado impulso en esa etapa”. De esta manera, las “sedes de los principales entes bancarios y grupos financieros y empresariales, con sus dimensiones colosales, forman parte de la bonanza del período” (Caraballo, 1990, p. 302).

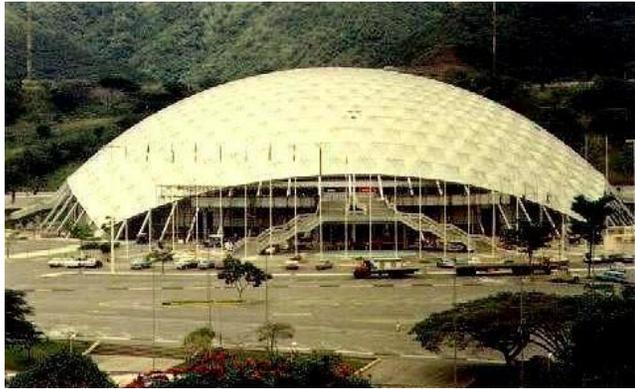


Figura 1. El Poliedro de Caracas

Este auge de consorcios económicos desencadena una fuerte competencia por la conquista del mercado. Es así como una de las estrategias usadas para impresionar a la clientela consiste en levantar edificaciones que simbolizan a las compañías y patentizan el “formalismo como imagen del poder corporativo”. El gran tamaño de estas construcciones ocasiona que la imagen de las empresas –encarnada en sus edificios– se columbre en el horizonte, gracias al andamiaje de elevadas torres que “casi nunca persiguen establecer un diálogo con sus alrededores, mucho menos mimetizarse con él” (Arellano, 2000, p. 393).

Se construyeron [en la década del 70] importantes edificios privados, tanto residenciales como comerciales. Las compañías de seguros, bancos y grupos económicos, acentuaron su tendencia a erigir hitos urbanos cual símbolos de su prestigio. Muestra de ello son edificios monumentales como El Universal, La Previsora (...) caracterizados por el empleo del volumen prismático en altura, exclusividad de la forma, acabados en materiales lujosos e incorporación de obras de arte en sus fachadas y espacios públicos interiores (Caraballo, 1990, p. 296).

La tendencia antes descrita se testimonia con claridad en el distrito caraqueño de Chuao. En este lugar se articula un “polo edilicio, empresarial y comercial”, conformado por “edificios aislados rodeados de vías de circulación y áreas verdes”. Destacan en este sitio edificaciones como el Cubo Negro (1978), la Torre Las Mercedes (1975), la sede de General de Seguros (1974) y el enorme Centro Ciudad Comercial Tamanaco –CCCT (1976). En su conjunto, estos inmuebles no se vinculan entre sí y además rehúsan cualquier condición peatonal (Caraballo, 1990, p. 302).

Dos casos resultan paradigmáticos en Chuao. El primero es el CCCT y sus 480 mil metros cuadrados de construcción, que lo acreditan como el edificio de mayor envergadura en su sector. Paradójicamente, esta mole de concreto, diseñada por el arquitecto Diego Carbonell (1923-2000), no cuenta con un franco acceso peatonal, pues únicamente se le accede surcando distribuidores vehiculares y autopistas. El otro inmueble peculiar es el Cubo Negro, ya que su envoltura de vidrio y sistemas de mitigación térmica lo encapsulan hasta enajenarlo de su entorno.

La abundancia del vidrio en sus fachadas [del Cubo Negro] constituye un dispositivo para aumentar la temperatura en el interior del edificio, quizás una buena solución para un lugar como Amsterdam, pero no en Caracas, en donde lo que se debe buscar es evitar la

incidencia directa de los rayos solares. El problema de una respuesta como esta es doble, si se piensa que la manera de refrescar el edificio es a través de un sistema mecánico consumidor de grandes cantidades de recursos energéticos (Polito, 2004, p. 51).

Costear instalaciones de aire acondicionado no es limitante en una época de dinero y opulencia. Además, en el decenio de los setenta los arquitectos minimizan los elementos generadores de sombra en sus diseños, razón por la cual las construcciones corporativas de esta década son en su mayoría enormes prismas, lisos y brillantes bajo el sol tropical.



Figura 2. El Centro Comercial Ciudad Tamanaco (CCCT) y sus alrededores

501

Por otra parte, desde el punto de vista espacial, en los edificios de este período es común la disposición de áreas internas destinadas a un uso colectivo. De hecho, en varias ocasiones se aprecia una “planta baja generalmente privatizada y de alguna rentabilidad económica convertida en espacio público” (Pintó, 1988, p. 12).

Ejemplos al respecto son edificaciones como el Edificio del Banco Metropolitano (1975) de José Miguel Galia, en el cual se aprecia cómo “penetra el espacio lineal de la calle, a nivel peatonal, dentro de la parcela”. Una situación similar sucede con la ya mencionada Torre Europa, la cual cuenta con “una pequeña plaza peatonal al nivel de planta baja”. Igualmente encontramos que en el Cubo Negro se observa un paso diagonal que “penetra al espacio central dominado por una escultura colgante de Jesús Soto”. Otro caso donde se observa este “espacio público interno” es el Teatro Teresa Carreño, gran edificio abierto en un ámbito urbano semipúblico (Goldberg, 1982, pp. 133, 169, 251).

La combinación de una “gran escala” y un “espacio público interno” es apreciable también en una obra paradigmática del período: Parque Central (1970-1978). Las diversas torres y volúmenes horizontales de este conjunto ensamblan un “complejo de edificaciones que aloja viviendas, oficinas, comercios, centros culturales, sitios de culto y recreación, inscrito dentro de la tesis contemporánea de la ciudad dentro de la ciudad”. Además, posee “una plaza diseñada por el paisajista brasileño Burle Marx y elevadas pasarelas peatonales” (Caraballo, 1990, p. 299).



Figura 3. Teatro Teresa Carreño

PROYECTISTAS DESTACADOS EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA

Entre los arquitectos más activos en el séptimo decenio del siglo XX están Bernardo Borges Winckelmann (1933-2010), Francisco Pimentel (1924) y Jacobo Koifman (1942), fundadores de la oficina BPK, quienes realizan “en los años setenta un amplio número de obras significativas por sus dimensiones e incidencias en el medio urbano” (DAAV, 1983, p. 374)¹. Entre sus proyectos edificados están la Torre Británica (1978), la Torre Cremerca (1979) y el Centro Empresarial Parque del Este (culminado en 1981).

502

Profesionales destacados en este decenio son también Pablo Lasala (1940-2000) con su previamente mencionada Torre La Previsora. Igualmente, Federico Beckoff (1919-1982), con el Centro Comercial La Pirámide (1972) y Daniel Fernández Shaw (1933), quien es autor de un edificio tan representativo de la época como lo es el ya aludido Parque Central.

Destacable en estos años también es la labor de José Miguel Galia (1919-2009), con obras como el edificio Sede de Seguros Orinoco (1972). Otro personaje bastante activo es Jimmy Alcock (1932), quien es el diseñador del Parque Cristal (1977) y el anteriormente citado Poliedro de Caracas.

Junto a los arquitectos antes señalados, destaca la figura de Carlos Gómez de Llarena (1939), pues su trabajo compila los arquetipos de esta década. Se caracterizan sus proyectos por una escala sobredimensionada. Además, muestra “un lenguaje formal a la manera de la arquitectura moderna, el manejo de materiales a la vista, así como la presencia de una geometría que acusa fuertemente la condición del ensamblaje” (DAAV, 1983, p. 417).

La influencia de Carlos Gómez de Llarena se confirma con el galardón que obtiene en la VI Bienal de Arquitectura de 1976, gracias a su diseño de la Torre Europa en Caracas. Con esta construcción se adjunta a su vocabulario estilístico el uso del gran marco de concreto del cual

¹ DAVV= Diccionario de las Artes Visuales en Venezuela.

penden, sin tocar el suelo, los volúmenes de la edificación, suscitando así el “espacio público interno” tan epónimo de las construcciones de este período.

Otra obra alegórica de Gómez de Llarena es la Torre Unión (1973-1985), actualmente sede de los ministerios de Comunicación en Información y de Educación Universitaria, asentada en el centro de Caracas. Esta construcción está revestida con “granito rojizo-marrón” importado de “Suecia” y además “cortado en Italia”. Se comienza en 1973 y todo su proyecto es expresado “en el sistema de medida en pies y pulgadas”, situación que evidencia una arquitectura pensada “para otro país y para otro contexto”. En total, la edificación cuenta con “21 plantas tipo” y tiene hacia su esquina situada en la avenida Universidad “un amplio espacio libre y abierto a la calle” (Pintó, 1988, pp. 8-11).

Finalmente, entre las numerosas obras de este proyectista también es necesario aludir la Torre América (1978), edificio con aires de Posmodernidad, tanto “en la plaza romántica del acceso a la torre” como en sus peculiares fachadas de tono amarillo, de las cuales sobresalen las ventanas constituidas de una geometría cúbica (DAAV, 1983, p. 419).



Figura 4. Sede del Banco Unión

503

PAISAJES INDUSTRIALES E INFLEXIONES URBANAS

En los setenta se promulgan el IV Plan de la Nación (1970-1974) y el V Plan de la Nación (1976-1980). En ambos se otorga gran protagonismo a la reversión y nacionalización, tanto de la industria petrolera como a las industrias básicas. Estos últimos objetivos se concretan finalmente durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez, ocasionando así que a partir de 1975 emerjan en la geografía nacional nuevas instalaciones fabriles, cuya función no necesariamente está vinculada a la extracción de crudo.

Gracias a los exorbitantes ingresos petroleros de la década de los setenta se cristaliza esta diversificación del equipamiento minero. Esta situación permite soñar con un país que es dueño absoluto de su infraestructura de exploración y obtención de recursos del subsuelo. Bajo estos escenarios se consolidan entidades urbanas situadas en el sur de Venezuela, especialmente las dedicadas en las industrias de mineral de hierro y aluminio. Además, en 1974 se inaugura la represa del Guri, así como las instalaciones de Alcasa y Venalum. Acusan entonces un súbito crecimiento los núcleos de Puerto Ordaz, San Félix, las adyacencias del Caroní y, especialmente, Ciudad Guayana. “En 1973, se desarrolla el Plan Director de Ciudad Guayana, integrando los asentamientos de poblados existentes. Se descarta el concepto de campamento petrolero y se adopta un enfoque de ciudad que prevé oportunidades de empleo y servicios, estimando, a la vez, áreas para futuras necesidades industriales y residenciales” (Arellano, 2000, p. 370).

En la región del Zulia se concreta el auge de zonas como El Tablazo y Guasare, ambas imbricadas en la industria siderocarbonífera. Igual sucede con la región de El Palito en el estado Carabobo. Aparecen así inéditos paisajes industriales y se desarrollan geografías urbanas tradicionalmente marginadas. Vale decirse que no solo las ciudades del interior son intervenidas, pues en 1972 se dictamina el Plan General Urbano de Caracas, el cual es realizado desde la Oficina Municipal de Planeamiento Urbano (OMPU). “En Caracas, las operaciones urbanas en infraestructura durante los años de bonanza petrolera de los setenta son numerosas y a gran escala: la apertura de los nuevos túneles de La Planicie (...); la ampliación de la Cota Mil, que recorre perimetralmente la ciudad de este a oeste, a los pies del Ávila, la ampliación de la Autopista del Este” (Arellano, 2000, p. 375).

Entre las estrategias suscritas en este instrumento de regulación urbana se propone un control sobre el uso de “terrenos inapropiados y costos de los servicios urbanos”; asimismo “se zonifican actividades y criterios de desarrollo”, a la vez que se “jerarquizan vías locales e interregionales” y se “maximiza el uso de la tierra existente”. Un aspecto importante es que se propone “el metro como sistema subterráneo de uso masivo” para solventar los problemas de movilidad en la capital venezolana (p. 217).

EL VIERNES NEGRO Y EL FIN DE LA OSTENTACIÓN

Las tendencias arquitectónicas de los setenta en Venezuela se prolongan hasta inicios de la década siguiente. Sin embargo, en los ochenta los precios del petróleo se desploman y solo con magnánimos esfuerzos se finiquitan los proyectos grandilocuentes del decenio anterior, pues los mismos se llevan a cabo su “contratación y ejecución, antes y después de un periodo inflacionario” (Pintó, 1988, p. 11). Ejemplos al respecto son el ya mencionado edificio del Banco Unión (proyectado en 1973 y culminado a mediados de los ochenta), y el enorme hospital Domingo Luciani de El Llanito (1970-1988), diseñado por Nelson Douaihi (1934).

La aceptación definitiva de una crisis en la economía venezolana ocurre el 18 de febrero de 1983, cuando el entonces presidente Luis Herrera Campins (1925-2007) decreta una devaluación del bolívar con respecto al dólar. Esta última fecha es recordada con el mote de “Viernes Negro” y señala el inicio de un indetenible declive del peculio nacional.

En los ochenta, la actividad constructiva nacional se ve impelida de seguir haciendo enormes edificaciones como las que surgen a finales de los setenta, mismas que han sido calificadas por críticos como William Niño Araque (1952-2011) con el apelativo de “arquitectura de la ostentación” y “edificaciones de la opulencia”. Por su parte, Mariano Goldberg (1932) las denomina “construcciones de una época de despilfarro” y Macía Pintó (1943) las cataloga irónicamente como “arquitectura de los reales”.

Por su parte, Juan Pedro Posani (1931) identifica en este período –y en los cuarenta años del llamado puntofijismo– “una ausencia muy notoria del uso público, por parte del Estado, de las propiedades de la arquitectura”. En tal sentido, acusa a los gobernantes posteriores a la dictadura militar de los cincuenta de acomplejarse ante “el peso de las acusaciones de Rómulo Betancourt contra la llamada “política del concreto armado”. Esto trae en consecuencia que a finales del siglo XX no se realice una arquitectura que en su conjunto sea más aventajada que la auspiciada por Pérez Jiménez, pues “la democracia venezolana, como temerosa de comparaciones, se refugia detrás de la gestión menuda y casuística” (Posani, 2012, p. 125).

CONCLUSIONES

La séptima década del siglo XX se nos revela como un período con una dinámica autárquica. Por otra parte, sucede que no es un momento uniforme en la actividad arquitectónica, pues se disciernen dos fases a lo largo de su duración. La primera etapa abarca los inicios del decenio y comprende la presidencia de Rafael Caldera, quien gobierna hasta 1974, apuntalado por el partido Copei. En este lapso inicial las obras públicas atraviesan por el filtro de los litigios políticos entre los *copeyanos* y los delegados de Acción Democrática en las palestras del Poder Legislativo. Esta situación impone trabas a la aprobación de recursos para la construcción, trazando así un itinerario de edificaciones irresueltas o que jamás se materializan.

Durante la segunda mitad de la década de los setenta, el ascenso de los precios del petróleo acarrea en Venezuela un instante de prosperidad económica. La abundancia de empresas contratistas, en las cuales el Estado delega las obras públicas, determina que las corporaciones privadas impriman su sello en el panorama edilicio y ciudadano. En particular, descuellan los edificios corporativos, las sociedades bancarias, las oficinas de compañías aseguradoras, las sedes de corretaje, los grandes recintos de espectáculos y todas las agencias bursátiles que esparcen sus hitos edificatorios en las urbes venezolanas.

En esta década germinan inmensas edificaciones cuyas geometrías lisas dejan atrás la tradición de Villanueva y Tomás Sanabria (1922-2008), caracterizada por el uso de elementos sobresalientes en los edificios y que proyectan sombras en las fachadas. La década de los setenta deja, así, como legado una metamorfosis de escala y estética edilicia. Igualmente, ocurre un reajuste de la demografía del país gracias al impulso y nacionalización de la empresa petrolera junto a las industrias básicas

Finalmente, resulta evidente el impacto de esa arquitectura engendrada durante los años de la “Venezuela saudita”, pues muchas de las construcciones de esa época aun sobresalen –para bien o para mal– en el horizonte y perfil de las comunidades ciudadinas venezolanas.

REFERENCIAS

Fuentes bibliográficas

- Arellano, A. (2000). *Arquitectura y urbanismo modernos en Venezuela y el Táchira*. San Cristóbal: Unexpo.
- Caraballo, C. (1990). *Espacios del hombre*. Caracas: Corporación Andina de Fomento.
- Cilento, A., López, M., Marcano, L. y Martín, J. (1999). El dispositivo de obras públicas en Venezuela. En: Martín, J. y Teixeira, Y. (comps.). *Modelos para desarmar. Instrucciones y disciplinas de la ciencia y la tecnología en Venezuela*. Caracas: CDCH-UCV, pp. 49-126.
- Goldberg, M. (1982). *Guía de las edificaciones modernas en Venezuela*. Parte I. Caracas: FAU-UCV.
- Hernández, R. (2012). *Carlos Andrés Pérez*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana, ejemplar N° 146.
- López, M. (2012). *Arquitectura e historia. Curso de Historia de la Arquitectura*. Volumen II. Caracas: CDCH-UCV.
- Niño, W. (1985). *Signos habitables, tendencias de la arquitectura venezolana contemporánea*. Caracas: Galería de Arte Nacional.
- Polito, L. (2004). *La arquitectura en Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott.
- Posani, J. (2012). *Diez años de pensamiento crítico*. Caracas: Musarq.
- Silva, C. (1992). Bosquejo económico del desenvolvimiento de la economía venezolana en el siglo XX. En: *Venezuela moderna. Medio siglo de historia 1926-1976*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

Fuentes hemerográficas y de consulta general

- Pintó, M. (1988). El talismán de piedra. *Espacio*, 1 /88, pp. 8-13.
- Diccionario de las Artes Visuales en Venezuela*. (1983). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Diccionario de Historia de Venezuela*. (2007). Caracas: Empresas Polar.